

Brecha  
28/8/87

# Julio Castro, educador de pueblos

Hoy viernes 28 se realiza en el Paraninfo de la Universidad, el acto nacional de homenaje a Julio Castro. Es la culminación de las actividades cumplidas durante este mes de agosto, en el décimo aniversario de la desaparición de nuestro compañero (en *Marcha*, y en más de treinta años de lucha común). Los detalles completos del acto los encontrará el lector en la página 13 de esta edición.

Entre los homenajes programados figura la edición de un libro escrito por cuatro maestros eminentes —Miguel Soler, Abner Prada, Ubaldo Rodríguez Varela y Yolanda Vallarino—, que verá la luz precisamente hoy. Transcribimos a continuación el prólogo de *Julio Castro, educador del pueblo*.

Este libro hará bien a muchos. Hará bien a la causa del magisterio, en este país donde al docente todo se le exige pero se le remunera miserablemente, con sueldos que a todos deberían avergonzar. Aunque Julio Castro haya sido, en lo que va del siglo, la encarnación del verbo de la escuela pública en este país, lo que trasunta esta historia a cuatro voces es la odisea de todos los maestros, empezando por el maestro rural.

Sí, odisea. Porque si el espíritu de la escuela nueva se compadece con la modalidad de nuestro pueblo, a la hora de plasmar en realidad encuentra tantas vallas como la idea misma de cambiar nuestras pautas sociales por otras más justas y dignas. Esa lucha, a la que Julio entregó medio siglo de su espléndida vida de casi setenta años, aparece en estos cuatro trabajos —hondos, rigurosos, lúcidos y apasionados— como una obra abierta, desafiante e inconclusa.

Se habla por estos días de proyectos de país. No concebimos ninguno que no parta de este encare del ser humano, dueño —y no enajenado— de sí mismo, para desarrollarse en plenitud. A la vez individuo y ser social, ser so-

cial e individuo. El magisterio nacional se identifica desde las aulas cotidianas con ese proyecto; y este libro le hará bien en cuanto recoge una veta profunda de ese país generoso y llano que personifica Julio Castro.

Le hará bien, también, por eso mismo, a los jóvenes que vivieron en el Uruguay de la tabla rasa, rotos los vínculos con el pasado ético y cultural del país que fue. A quienes tenemos ahora cuarenta o más años se nos ilumina el rostro a la sola mención del nombre de Julio. Pero los que hoy tienen alrededor de treinta o menos, se encogen de hombros o se limitan a respetar, si viven en un entorno fa-

miliar proclive, al "veterano que desapareció bajo la dictadura". "Uno que fue maestro". "Uno que escribía en *Marcha*". Se encoge el corazón ante la poquedad y la pobreza de la ficha, y ante la enorme distancia afectiva de esos jóvenes con un prójimo tan cercano. Distancia que la dictadura, con torva paciencia, trató de ensanchar.

Este libro recupera cálidamente a Julio Castro, haciéndolo revivir en su medio: la docencia y el periodismo (que Julio, como señala sagazmente Arturo Ardao en "Cuadernos de *Marcha*", convierte también en docencia). Allí se le ve yendo siempre al fondo del tema: trátase de la escuela rural o de la dependencia al modelo que impone el imperio; y aun de la interrelación de ambos. La teoría, "ordenando" a la práctica, pero también abrevando en ella. Julio vivió la problemática de la escuela a través de maestros y escolares concretos. Por eso desconfió de una escuela rural enciclopedista y universalista ante la cual el gurisito, hecho precozmente al trabajo del campo, se encogía de hombros porque no le hablaban de su realidad, una realidad a menudo descalza y desnutri-

da. Por eso, asimismo, cuando fue director de la escuela de Villa Muñoz, trató el problema del niño judío con valentía y lucidez; oponiendo al prejuicio antisemita, en ascenso o larvario, esa concepción igualitaria y humanista que la sociedad proclama en el papel y está lejos de cumplir en los hechos. Julio Castro siempre persiguió la dignificación del ser humano y entre éstos, la del más desvalido. Como principio rector y como ejercicio diario. Con nombre, apellido y rostro propios en cada caso.

Cuesta imaginar a este hombre forzado por otros hombres a morir. Porque es cierto que el régimen al igual que el sistema eligen maléficamente bien a sus víctimas —y Julio Castro marcó a fuego a los dos con su pensamiento y su acción de medio siglo—; pero en el momento ético de evaluar el crimen, la sangre derramada de los justos —antes y después de Cristo— provoca el asombro, la perplejidad y el desencanto (por encima de la indignación y la sed de justicia). Este libro hará bien, también, a esa sed de justicia. Porque nos enfrenta al deber de no olvidar ni silenciar una obra tan llena de vida; y al deber, que compete a toda la ciudadanía digna, de llevar amorosamente en sus brazos a Julio Castro hasta que la verdad y la justicia nos permitan devolverlo a la tierra, su tierra.

Finalmente, este libro hará bien también a sus autores al permitirles decir al país una parte (valiosísima) de cuanto debe ser dicho sobre Julio Castro, el hombre entrañable y el educador del pueblo.

## Pregunta a la doctora Reta

Leí en BRECHA que el diputado Brause solicitó el desglose del artículo 247 de la Rendición de Cuentas correspondiente al Ministerio de Cultura. Dicho artículo transfiere 300 cargos vacantes de soldado de primera y segunda del Ministerio de Defensa al Consejo del Niño, para el que se crea igual número de cargos a fin de atender la seguridad, vigilancia

e internación de menores.

Pregunto si la señora Ministra de Educación y Cultura, doctora Adela Reta, intervino en la redacción de ese artículo que no exige idoneidad para la delicada y difícil tarea a que se destinarán esos funcionarios.

Reina Reyes

Hugo Alfaro